

Figuras femeninas en la escritura de Sergio Fernández

Anamari Gomís

La figura evanescente y huidiza de la mujer alcanza en la obra de Sergio Fernández —Premio Nacional de Ciencias y Artes 2007— la densidad del mito. Bette Davis, Vivien Leigh, Katherine Hepburn, Marlene Dietrich, entre otras divas, aparecen en algunas de las páginas de su libro La realidad de un simulacro: el cine. Anamari Gomís aborda en este texto las diversas metamorfosis de las mujeres en la obra del escritor mexicano.

Debo confesar que el título de este trabajo: “Figuras femeninas en la escritura de Sergio Fernández” fue, de mi parte, una pequeña trampa, porque en la obra entera del doctor Fernández, la ensayística y la narrativa, se agita la imagen de la mujer. No de la mujer como un arquetipo sino de las muchas mujeres que pueden ser ciertas mujeres y no otras. Desde luego, se trata de las que escoge Sergio Fernández, ya sea a partir de la literatura o de la

pantalla cinematográfica o aquéllas que le han dejado una huella, aunque sea fugaz, y entonces pasan a formar parte de los desfiguros de su corazón, cosa que no es una forma de hablar sino un extraordinario anecdotario que, espero, Sergio no deje de escribir nunca, llámese *Todo para los dioses* o lo que él quiera.

Escribe Sergio Fernández en su libro *La realidad de un simulacro: el cine*.

Se dirá que tengo especial atracción por ellas —las mujeres—, como se ve en mi libro *Retratos del fuego y la ceniza*, escrito por allá en 1968; eso se dirá y no sin razón. Me llaman la atención por anfitriónicas, por hegemónicas, por contener una fuerza interior que las impele a lo que sea, ya que son transformistas y hacen en la vida lo que un hombre no se atreve jamás. Me refiero a su permanente travestimiento, sexual o no sexual aunque la apariencia sea de algo sólido, como un cuerpo entregado a otro cuerpo en plena cópula... si la cópula cumple su misión.¹

Es decir, que no se trata de una naturaleza femenina única, de existir ésta, lo que atrae al escritor de las novelas *Los peces* y *Segundo sueño*, entre otras creaciones novelescas. A Sergio Fernández le despiertan interés dos condiciones extraordinarias que son el travestimiento, como él lo llama, y la transgresión. Para él, un actor como John Wayne, por su “plombíneo machismo”, resulta “el héroe yanqui tradicional al que aplasta Mae West con su viril presencia”. Más allá de la supuesta “virilidad”² de Mae West, lo que interesa a Sergio Fernández es el empuje irreverente de la diva, quien, como una diosa del Olimpo, hace lo que le da la gana, sin los arrebatos furiosos de Hera. Mae West se torna en una invitación al encuentro sexual, no nada más por sus atributos físicos sino por el código maestro de su lenguaje, de su forma de decir lo que quiere decir y en esto radica su travestimiento. *La realidad de un simulacro: el cine* omite, por falta de espacio, a la tríada de rubias platinadas que impregnaron al cine hollywoodense de un encanto, cada una en su estilo, inimitable. A saber: Jean Harlow, Mae West y Marilyn Monroe. Ya el escritor estadounidense Truman Capote le dedicó a la Monroe un profuso texto, lo mismo que Norman Mailer, quien resultó el primero en acusar a la CIA como victimaria de la actriz de *Los hombres las prefieren rubias*.

Pe ro vuelvo a Sergio Fernández que sólo piensa en el fenómeno gestual que presentan las divas, las que lo son en serio. Como todos sabemos aquí, el territorio de lo esencialmente literario es consustancial al autor de *Los desfiguros de mi corazón*. Su casa tiene el nombre de *Los empeños* y el mundo, para él, posee como paradigma a la literatura. Los asuntos de su vida son como los percibieron Proust, la Woolf, Cervantes o el Dante. Escritor de una narrativa difícil, que ejemplifica al nuevo barroco latinoamericano que tanto fascinó a los escritores cubanos Severo Sarduy y José Lezama Lima, Sergio Fernández ha fatigado, como diría Borges, la novela, lo anecdótico, el ensayo, el libro de viajes y en todos ha plasmado un estilo tan propio que su obra entera, hete-

rogénea siempre, mantiene, sin embargo, una huella indeleble. En el caso específico de *La realidad de un simulacro...* creo que Fernández, además de su prosa extraordinaria, ha inventado un género, como sucedió con sus “desfiguros”, porque ¿quién, si no él, puede escribir un libro de cuatrocientas páginas en el que se posesiona de la personalidad esplendente de un cúmulo de estrellas cinematográficas, por medio de un análisis muy *sui generis*, que las convierte en un retrato en pleno movimiento, y además las vuelve pura literatura?

En este libro se aborda la gesticulación, la mímica, el guiño estilizado de catorce divas sobresalientes de la cinematografía mundial. No hace referencia a la vida de ninguna de ellas ni a sus escándalos ni a sus secretos revelados. Al escritor Sergio Fernández no le importa si Marilyn Monroe se suicidó o la mandaron matar porque sabía demasiado. De manera estricta, pero proliferante, estudia a las estrellas del cine durante la actuación, se prenda de sus ademanes, percibe cada uno de sus aspavientos, captura todas sus miradas y finalmente sustrae la sustancia que las torna en divas y se lo muestra al lector. La escritura, por lo tanto, funge como cámara de cine que realiza intensos *close ups* o *long shots* significativos. La memoria del autor y su pasión por las películas de divas divinas sumergen al que lo lee en una estratagema parecida a la de *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares, ya que esto que leemos se transforma en un filme proyectado por la escritura. De tal manera, como sucede en el libro de Bioy, la película se repite tantas veces como uno desee volver al texto. Allí está Bette Davis, la preferida, luciendo su talento de actriz sensible y neurótica en la película *La cart a*. El director, para Sergio Fernández, no resulta relevante, porque es él, Sergio, quien produce y dirige la película, centrada en el genio de la Davis, en sus ojos: *Bette Davis' eyes*, como iba la canción de los ochenta. Todo esto se logra a partir del lenguaje desenfrenado,



Bette Davis con Paul Henreid en *Una femme cherche son destin*, 1942

¹ Sergio Fernández, *La realidad de un simulacro: el cine*, colección Arte e Imagen, CONACULTA, México, 2000.

² *Ibidem*, p. 16.



Elizabeth Taylor, 1988

pero preciso, de Sergio Fernández, de ese estilo suyo que afirma y niega al mismo tiempo, pleno de paradojas como el de sor Juana, que pervierte el orden lógico del lenguaje y que tan bien encaja con el simulacro. Él dice de Bette Davis lo siguiente:

Por su parte, ella se apodera de nuestro sentido común, para a cambio dejarnos una oquedad. Ésta se llena —como una vasija de un líquido deseado— de capas superpuestas, todas luminosas, que nos presionan para creer a pie juntillas, que en la pantalla la existencia es cierta, doble engaño de los sentidos en cuanto la vida en sí misma —según el hinduismo— es imagen.³

Lo mismo sucede con la escritura del adorador de las divas. También llena una vasija con el líquido deseado, sólo que aquí las capas superpuestas son muchas: una película que antes fue guión y que Sergio rehace, pre-

³ *Ibidem*, p. 24.

dicando de los actores y de las historias y fijando toda su atención en la protagonista. Nada más irreal y nada más seductor. Lo del doctor Fernández siempre es un proceso alquímico.

Después de Bette Davis, sin duda la preferida de Sergio Fernández, se impone Marlene Dietrich, dorada como una Venus y descarada. Luego, Geraldine Page “que ha nacido para sentirse a sí misma y al tiempo para ser insinuante”, Ana Magnani que es la mujer “por excelencia”. Se nos describe, acto seguido, “la deidad” Ingrid Thulin, y en este texto ya citado, Sergio Fernández menciona varias veces a Visconti con absoluta admiración. Después, Joan Crawford hace su aparición, perfectamente maquillada y vestida, con su estilo, apunta el autor, hombruno para caminar, “que marca un nuevo arquetipo, digamos, de la libertad de la mujer”. Ella es temperamento y rostro mientras la extraordinaria actriz británica Maggie Smith toma su turno. A Olivia de Havilland, el escritor la observa y opina que:

Se minimiza a propósito o que paradójicamente es una actriz de primera línea sin otro atractivo como no sea su oculta fuerza dramática, la que se ase a la pantalla para mostrar milimétricamente su talento.⁴

Ir rumpen Vivien Leigh convertida en la Blanche de un *Tranvía llamado deseo*, Katherine Hepburn y su milagrosa actuación, Ingrid Bergman dirigida por Ingmar Bergman, Jessica Lange y sus agallas, Elizabeth Taylor y su belleza, la espléndida e insuperable Garbo transita ante nuestros ojos y *last but not least* el gran Buster Keaton. ¿Por qué Keaton? Porque el *leitmotiv* del comediante procede del mundo de la sin razón, muy *ad hoc* para los simulacros y los travestismos que inquietan del doctor Fernández, fiel seguidor del Quijote y del universo que éste pone al revés.

En otro libro, *Retratos del fuego y la ceniza*,⁵ conjunto de ensayos, Sergio Fernández arroja al lector al gran escenario de la literatura universal, desde Lope de Vega, a Ibsen, de Gonzalo Rojas a Leopoldo Alas “Clarín”, de Tolstoi a Tennessee Williams, a Flauberty luego a Virginia Woolf, a sor Juana y a Mariano Azuela. Cada uno de los textos allí reunidos, que trata exclusivamente de personajes literarios femeninos, surge como una criatura sin creadores, porque el autor del libro no necesita especificar ni autoría ni nacionalidad ni año del surgimiento de estos entes de ficción, por eso la Celestina convive con Hedda Gabler, con la Pintada o con Mrs. Dalloway. Después de todo, para quienes tenemos el privilegio de haber sido alumnos y amigos de Sergio, sabemos que la prin-

⁴ *Ibidem*, p. 188.

⁵ Sergio Fernández, *Retratos del fuego y la ceniza*, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

cesa de Cléves y Melibea son tan reales para él como sus buenas amigas de toda la vida. No quiero implicar un devaneo esquizoide por parte del doctor Fernández. Nada más lejano en quien descuella por su aguda inteligencia, el rigor de su trabajo y su lógica innata, pero ocurre que él participa de la literatura como participa de lo cotidiano y de lo social, o sea, vive la vida con la misma intensidad que la literatura o al revés, que para el caso da lo mismo.

Su olfato literario y eso que se llama cultura, componen para Sergio Fernández una capa espesa, pero transparente, como un *aleph* que mira hacia el fondo del prodigioso océano, o del cosmos o del tarot o de quién sabe qué tantas cosas. Su lectura de *La Celestina* lleva a los abismos de la naturaleza humana. La Celestina inaugura el carácter extraño, patético y perverso de la tercería, que sugiere un alto grado de posesión de un otro formado por dos.

En su revisión de Amelia, la protagonista de la singular *Balada del café triste* de la gran escritora norteamericana Carson McCuller, Fernández describe al resto de los personajes de la novela así:

Es la historia, digo, de seres monstruosos cuyo sentido, de haberlo, consiste en el ejemplo negativo o sea el horror que inspira la posibilidad de haber sido así, por más que en la monstruosidad —por ser diabólica, siempre exista algo en realidad grandioso.⁶

Es muy posible que tanto en un personaje como la Celestina, como en la muy alta Amelia y su jorobado marido, como en aquellos entes que figuran en los *Sueños* de Quevedo, digamos esa mujer rarísima, mitad joven, mitad vieja, vestida de manera sumamente estrafalaria, como una aberración, que tanto sorprende a Sergio y que él nos la descubre como la personificación de la muerte, en estos actores literarios, pues, que, de una manera u otra, nos reflejan a todos en nuestra muy particular y oculta monstruosidad, radique una parte de lo sublime negativo, tema que abordó Kant a partir de Longino, como un sentimiento de desproporción y de extrañamiento. Tanto lo uno como lo otro, lo desproporcionado y lo extraño, intrigan enormemente a Sergio Fernández. No en vano, uno de sus libros preferidos es *El buscón* de Quevedo, por eso lo llama “poema satírico, *negro* para decirlo en términos plásticos”.⁷

Las mujeres como figuras ocupan, por lo tanto, un espacio principal de la escritura de Sergio Fernández, quien incide en la potencia de gestualidad, del estilización, del líquido humor del travestismo femenino,

siempre implicado de maneras originales como en los monólogos de Mae West, en la angustia siempre decisiva de Bette Davis, la Queen Elizabeth I de todos los tiempos del cine.

Como se habrá percatado, en este trabajo, apenas he introducido el tema de las mujeres en la espléndida, neobarroca, intimidante obra de Sergio Fernández, donde no se ha hecho el suficiente hincapié en la mirada subversiva del autor. Por ejemplo, en su genial *La copa derramada* organiza un verdadero buceo neptónico de travestismo místico para evidenciar que los sonetos de amor de sor Juana Inés de la Cruz fueron concebidos como textos religiosos “... pues ya en líquido humor viste y tocas / mi corazón deshecho entre tus manos”, cierra así un poema la de Asbaje. Sor Juana, de acuerdo con Sergio, se refiere al Santo Grial y la lectura realizada por nuestro agudo escritor nos desenmascara a la monja poeta, adicta a los ocultamientos, a las máscaras de la escritura y a lo inefable. Pero éste es otro tema, que habré de trabajar, los hados mediante, en otra ocasión. [U]



Marilyn Monroe, fotografiada por Cartier-Bresson, 1960

⁶ *Ibidem*, p. 50.

⁷ Sergio Fernández, *Los desfiguros de mi corazón*, Sello Bermejo, CONACULTA, segunda edición, México, 1999, p.11.